ROQUES Y MONTAÑAS SAGRADAS EN LAS CANARIAS PREHISPÁNICAS

Mauro S. Hernández Pérez
Universidad de Alicante

El buscar a Dios encima de las montañas se ha visto también en otros gentiles, según escribió Aristóteles de los que habitaban en el Olimpo; los cuales ascendían cada año a la cumbre más alta de aquella montaña, para hacer sus sacrificios, pensando, de igual modo que Júpiter moraba allí, en la altura, o deseando acercárseles lo más que podían, atraídos por un espíritu de devoción que, huyendo naturalmente de la amargura de estas cosas terrestres y transitorias, se alza hacia el cielo de donde espera su salvación; y, como Anaxágoras, alzando el dedo de la menta, indica con él su patria y su bien.

Leonardo Torriani (1588)

RESUMEN

Los habitantes prehispánicos de las Canarias desconocían la escritura. Sin embargo, se dispone de un importante conjunto de fuentes escritas desde época romana hasta los siglos xv y xvi que hacen referencia a los aborígenes canarios. La visión que nos ofrecen estos textos suele ser parcial, en especial en las cuestiones relacionadas con las creencias y las prácticas sociales. Ante los límites de la documentación escrita la arqueología se nos presenta como una fuente documental de extraordinario interés y se convierte en un valioso complemento de las informaciones sobre habitantes aborígenes de las siete Islas Canarias.

Palabras clave: Canarias, montañas, crónicas, aborígenes, arqueología.

ABSTRACT

Roques and sacred mountains at prehispanic period in the Canary Islands

Prehispanic inhabitants at Canary Islands not knew writing. However, there is an important group of written sources from Roman times to the fifteenth and sixteenth

centuries that refer to the aboriginal inhabitants. The vision offered by these texts is often partial, especially on issues related to the beliefs and social practices. Given the limits of written documentation, archeology is presented as a documentary source of extraordinary interest and becomes a valuable addition to the information about aboriginal inhabitants of the seven Canary Islands.

Keywords: Canary Islands, mountains, chronicles, aboriginal inhabitants, archeology.

El 1 de octubre de 1975 Alfredo Morales Gil se incorpora a la Universidad de La Laguna en calidad de profesor adjunto de Geografía. Sus clases, según comentaban sus alumnos, eran calificadas de excelentes por su contenido y claridad expositiva. También destacaban su cercanía y talante personal en aquellos conflictivos años en la universidad española que en el caso de La Laguna fueron, incluso, dramáticos. Alfredo mantuvo desde un primer momento una estrecha relación con unos jóvenes licenciados que se habían incorporado a la docencia y la investigación unos años antes tras la creación de la Licenciatura en Historia a mediados de la década anterior. Con dos de ellos –Francisco Quitantes González y Fernando Martín Galán– realizó un estudio pionero en Canarias sobre las *Formas periglaciales en las Cañadas del Teide*, publicado por el Aula de Cultura del Cabildo Insular de Tenerife, que es ampliamente referenciado en la bibliográfica canaria.

Unos años después coincidimos en la Universidad de Alicante donde, junto a su esposa María Molina, me ayudó a adaptarme a un nuevo paisaje y, también, a una nueva universidad que Alfredo contribuyó, como pocos, a crear. Con su suegro, don Jerónimo Molina, visité algunos de los yacimientos arqueológicos del altiplano de Yecla-Jumilla, entre los que se encontraban los de Cantos de la Visera y el Monte Arabí, donde Alfredo me ayudó a distinguir las cazoletas prehistóricas de las producidas por la disolución natural de las rocas. También visitamos la Cueva de los Tiestos y Coimbra del Barranco Ancho, dos yacimientos muy queridos por los Molina, y el antiguo Museo Municipal que llevaba el nombre de don Jerónimo Molina. En estas visitas, en la Universidad de Alicante y en sus casas de El Palmeral y Jumilla, las referencias a Canarias, al paisaje de Tenerife y a las Cañadas del Teide era un tema habitual en nuestras conversaciones. Ahora en este merecido homenaje que en forma de libro le rinden sus discípulos y amigos he creído conveniente recordar su trabajo sobre el Teide, una montaña «sagrada» para los habitantes prehispánicos del Archipiélago canario –yo diría que también para los canarios de todos los tiempos–, analizando el protagonismo de las montañas en las creencias de unas poblaciones que a lo largo del siglo XIV de nuestra Era se incorporaron a la denominada cultura occidental.

Los habitantes prehispánicos de las Canarias desconocían la escritura, si bien en todas las islas existen evidencias de inscripciones alfabéticas de origen

africano que, pese a las numerosas propuestas e intentos de lectura, apenas aportan información sobre su vida y costumbres. Se dispone, sin embargo, de un importante conjunto de fuentes escritas que, desde época romana hasta los siglos xv y xvi, hacen referencia a los aborígenes canarios, cuyos autores en algunos casos pudieron conocer directamente o conocer tras la consulta de manuscritos y documentos de los primeros momentos de la conquista y colonización. Todos ofrecen una visión «no inocente» de unos infieles que se debían cristianizar, aunque en un número no despreciable se vendieran como esclavos en los mercados extrainsulares. La visión que nos ofrecen estos textos, como también ocurre con los Cronistas de Indias, es parcial, en especial en las cuestiones relacionadas con las creencias y las prácticas sociales. Sus autores, pertenecientes a la Iglesia o a la Milicia, apenas comprenden las costumbres y creencias de los indígenas que valoran e interpretan desde la visión del conquistador, misionero o colono. Sin embargo, son textos de gran interés, pero indudablemente sesgados, y referidos a los momentos de contacto. Ante los límites de la documentación escrita la arqueología se nos presenta como una fuente documental de extraordinario interés que en el caso de la religión se convierte en un valioso complemento de las informaciones que sobre habitantes aborígenes de las siete Islas Canarias nos ofrecen los viajeros, cronistas e primeros historiadores, sobre cuyas aportaciones y límites se dispone de una amplia literatura (Baucells Mesa, 2004).

Como refiere el texto del ingeniero militar Leonardo Torriani (Cremona, c.1550 – Coimbra, 1628), que el rey Felipe II envió a las Islas Canarias con el objetivo de revisar sus fortificaciones y de proyectar otras nuevas. Es común en muchas poblaciones –y no solo las primitivas y prehistóricas, la creencia sobre la existencia de «montaña sagradas», de lugares donde habitan los dioses, donde las almas de sus antepasados encuentran acomodo o donde se practican diferentes rituales que aseguran la cohesión del grupo y su conexión con lo desconocido, es común a muchas poblaciones. Todas tienen su «Olimpo». También lo tuvieron todas y cada una de las siete Islas Canarias en época prehispanica, donde se conocen una o varias montañas que adquieren un singular protagonismo en su «mitología». Tiene, asimismo, idéntica consideración algunos «roques», término que se utiliza en Canarias para denominar los bloques naturales aislados del entorno y que, en ocasiones, alcanzan una altura de varias decenas de metros. Su visión se «agiganta» al estar aislados y sobre lugares despejados, de cierta altura y amplio dominio visual de –y desde– el entorno, Montañas y roques aparecen reflejados en los textos, incluso con su nombre prehispanico. Muchos mantienen el topónimo hasta la actualidad o lo castellanizan después de la conquista. Otros, asimismo singulares, conservan evidencias de su carácter sagrado por sus imágenes o de construcciones no funcionales, aunque no aparezcan citados en la documentación escrita.

TENERIFE Y EL TEIDE

Con frecuencia durante el verano el fuego brota del hoyo profundo que se encuentra en el alto del Pico, en el cual si se arroja una piedra grande suena como si un gran peso hubiese caído sobre una considerable cantidad de bronce hueco. Los españoles llaman festivamente a esta sima la Caldera del Diablo, en donde se cuece toda la comida del Infierno. Pero los naturales (los guanches) afirman que era el infierno, y que las almas de sus antepasados condenados iban allí a recibir su castigo, y que aquellos hombres que se conducían como buenos y valientes iban al valle ameno donde ahora se levanta la gran ciudad de La Laguna.

Sir Edmund Scory (1560)

El Pico del Teide es la montaña por antonomasia del Archipiélago canario. Lo es por su altitud sobre el nivel del mar –3.718 m–, que, como es bien conocido es la mayor de todo el territorio español. Lo es también por estar presente en el resto de las islas al ser visible desde La Palma, El Hierro, La Gomera y Gran Canaria, mientras desde las islas orientales –Lanzarote y Fuerteventura– sólo se divisa el Teide cuando los días son claros.

Para uno de los historiadores primitivos –fray Alonso de Espinosa– fueron los aborígenes palmeros quienes pusieron el nombre de Tenerife a la isla del Teide (figura 1), ya que «*Tener* quiere decir nieve y *Fe* monte, así *Tenerife* dirá monte nevado» (Espinosa, 1978: 26). Como señaló G. Marcy, especialista en el estudio de la lengua y cultura bereberes, «el uso en el dialecto palmero para designar los campos de nieve que lucen con deslumbrante blancura sobre el pico del Teide, ... se debe interpretar como *el campo de nieve de la cumbre* o si quiere, *la nieve de la montaña*» (Marcy, 1962: 268). En efecto, los aborígenes palmeros utilizarían este término para referirse al Teide, ya que es así como en muchos días del año se recorta la figura triangular del Teide sobre un mar de nubes que cubre el resto de la isla, como si tratara de la vela de un barco que flota en el horizonte, expresión que en alguna ocasión tuve ocasión de escuchar entre las gentes del campo de La Palma.

Los guanches, como se deben nombrar a los habitantes prehispanicos de Tenerife, llamaban al Teide *Eheide*, «que significa *infierno* por el fuego espantoso, ruido y temblor que solía hacer, por lo cual lo consideraban morada de los demonios» (Torriani, 1978: 176). Para A. de Espinosa «conocían haber infierno, y tenían para sí que estaba en el pico de Teide, y así llamaban al infierno *Echeide*» (Espinosa, 1978: 378). También creían en la existencia del demonio al que llamaban *Guayota*, «que hauitaba en el volcán del pico de Teide» (Cedeño, 1978), que ahora se identifica con el demonio de la cosmovisión cristiana y con los espíritus malignos concebidos como *genios* por los bereberes africanos, cuyas creencias los colocaban en el interior de la tierra y se manifestaban al exterior

Figura 1: El Teide nevado. Fotografía del portal web del Gobierno de Canarias: <http://www.gobiernodecanarias.org/parquesnacionalesdecanarias/es/Teide/>

a través de grietas, cuevas y fuentes (Tejera, 1988: 43). En este sentido resulta de interés la información de A. Cedeño, según el cual los guanches «conocían hauer demonios que hauitaban en la profundidad de la tierra i salían por las vocas de los volcanes y que allí padecían crueles tormentos» (Cedeño, 1978: 379). También aquí están detenidos los guanches malos, mientras los guanches buenos descansan en un «valle graciosísimo» en el que tras la Conquista se construyó la ciudad de La Laguna, según refiere el viajero inglés Sir Edmund Scory (Castillo, 1992-1993: 105).

Otras evidencias arqueológicas de las Cañadas del Teide se han identificado con prácticas religiosas relacionadas con esta montaña sagrada. Se trata de los llamados *escondrijos*, unas grietas, agujeros o pequeñas covachas en la lava en cuyo interior los guanches depositaron vasijas y algún otro material arqueológico que ha sido objeto de un intenso y sistemático estudio por parte de L. Diego Cuscoy, M. Arnay de la Rosa y E. González Reimers. Tradicionalmente se han interpretado como lugares donde los pastores aborígenes depositaban algunas de sus pertenencias, entre ellas las más frágiles como la cerámica, al final del periodo de pastoreo anual para recogerlo el año siguiente. No obstante, teniendo en cuenta el carácter sagrado del Teide, también se han considerado depósitos rituales con una función semejante a la que realizan los pueblos bereberes, que queman resinas para pedir a los espíritus un beneficio o pagar lo solicitado (Tejera, 1988: 46). Podría corroborar esta propuesta una vasija recogida en uno de los escondrijos de las Cañadas que conservaba una sustancia de coloración pardo-amarillenta, identificada como codeso, una planta que desprende un olor fuerte y agradable (Arnay, González, Martín y González, 1985).

LA PALMA Y EL ROQUE DE IDAFE

... está un roque o peñasco, muy delgado, y de altura de más de cien brazas, donde veneraban a Idate, por cuya contemplación al presente se llama el roque de Idate. Y tenían tanto temor, no cayese y los matase, que no obstante, aunque cayera, no les podía dañar, por estar las moradas de ellos muy apartadas, por sólo el temor acordaron que de todos los animales que matasen para comer, diesen a Idate la asadura. Y así, muerto el animal y sacada la asadura, se iban con ella dos personas; y llegados junto al roque, decían cantando, el que llevaba la asadura: Y iguida i iguan Idate, que quiere decir: dice que caerá Idate. Y respondía el otro, cantando: Que guerte yguan taro; que decir: dale lo que traes y no caerá. Dicho esto, la arrojaba, y daba con la asadura, y se iban; la cual quedaba por pasto para cuervos y quebrantahuesos.

J. Abreu Galindo (1602)

Este texto de fraile franciscano J. Abreu y Galindo, que hacia 1602 escribió una Historia de Canarias, se ha convertido en el referente más conocido sobre las creencias y prácticas religiosas de los *auaritas* o *benahoaritas*, como se identifican los habitantes prehispánicos de la Isla de La Palma que en su lengua recibía el nombre de *Benahoare*. Se trata de un roque fonolítico a modo de un im-

Figura 2: El Roque de Idate. Fotografía publicada por Miguel A. Martín González en el blog de la Asociación Iruene La Palma. Prehistoria de Posición Astronómica, Topográfica y cultural.

pressionante monolito natural situado en el interior de la Caldera de Taburiente, que desde lejos a veces recuerda a una tosca figura humana (figura 2). Según L. Torriani los *auaritas* eran idólatras y sacrificaban al demonio que llamaban *Haguanran* y moraba en el cielo y en la cumbre de las montañas donde hacían sus sacrificios de leche y mantequilla (Torriani, 1978: 224). Este singular monumento natural ha sido considerado como el *axis mundi* de los *benahoaritas* (Pais y Tejera, 2000: 148-152), según la creencia entre religiones primitivas de que el cielo se encuentra sostenido por un pilar que lo une a la tierra y «por extensión a dos mundos: el inferior y el superior, concebidos como lugares donde se hallan los espíritus malignos y/o benefactores» (Tejera, 2004: 38).

Figura 3: El Teide desde La Palma. Fotografía de M. S. Hernández Pérez.

Figura 4: Las Llanadas en el Roque de los Muchachos. Fotografía de M. S. Hernández Pérez.

Pese a varios intentos no he podido acceder a la base del Roque de Idafe, ya se encuentra en la cresta entre dos barrancos con paredes de acusada pendiente. Asimismo, desconozco si se ha podido comprobar la existencia de restos arqueológicos en su base o de grabados en sus paredes.

En La Palma otras montañas y roques se han identificado como sagrados por la presencia de grabados rupestres con formas geométricas y de cazoletas y canalillos, que se asocian a prácticas rituales relacionadas con la fecundidad de la tierra, de los hombres y los animales. La isla es extraordinariamente rica

en este tipo de yacimientos que en un elevado porcentaje, como pudimos comprobar hace varias décadas (Hernández Pérez, 1977) y confirman los nuevos hallazgos (Pais, 2003) se localizan en lugares despejados, en montañas aisladas y en las cumbres que rodean la Caldera, que superan ampliamente los 1.500 m de altitud y desde las que se divisa el Teide (figura 3). Entre estos lugares sagrados se citan el Roque Chico de la Cumbrecita, Roque de Teneguía y, en especial, el Pico Bejenado, una imponente montaña de forma triangular en el borde sur de la Caldera de Taburiente, en la que se conocen una treintena de yacimientos con grabados rupestres (Pais y Tejera, 2010: 159-174).

En las proximidades del Observatorio Astronómico del Roque de los Muchachos, también junto al borde la Caldera de Taburiente, localicé en su momento varios amontonamientos de piedras sueltas de cronología prehispánica, algunas de ellas con grabados rupestres (figura 4). Los relacioné con este texto de este texto de J. Abreu Galindo (1977: 270):

«juntaban muchas piedras en un montón en pirámide, tan alto cuanto se pudiese tener la piedra suelta; y en los días que tenían situados para semejantes devociones suyas, venían todos allí, alrededor de aquel montón de piedra, y allí bailaban y cantaban endechas, y luchaban y hacían los demás ejercicios de holguras que usaban, y estas eran sus fiestas de devoción. Pero no dejaban de entender que en el cielo había a quien se debía reverencia»

En los alrededores de estas primeras pirámides en Las Lajitas se descubrieron otras, algunas de ellas destruidas con ocasión de la construcción del complejo del Astrofísico, y también en otros puntos despejados de la isla, donde se han inventariado mas de medio centenar (Martí, 2006: 120). Este conjunto ceremonial de Las Lajitas, compuesto por 17 amontonamientos de planta circular (País, 1999) se ha relacionado con marcadores arqueoastronómicos en los que se realizarían ritos relacionados con los solsticios de verano e invierno (Belmonte: 1997; Martín, 2006: 122-129).

LA GOMERA Y EL GARAJONAY

Los gomeros que mataron a Hernán Peraza, subidos a los cerros, decían en su lengua: ya el gánigo de Guahedún se quebró.

J. Abreu Galindo (1602)

Sobre las creencias de los gomeros prehispánicos, apenas referenciadas en las fuentes escritas, la arqueología aporta una excepcional información, que ha conocido un fuerte impulso gracias a los estudios realizados por J. F. Navarro Mederos en las últimas décadas. En diversas ocasiones este investigador se ha ocupado de los santuarios de montaña distribuidos por todo el territorio insular, en los que ha identificado diferentes tipos de construcciones, siempre con evidencias

de fuego en su interior. Son los llamados *pireos*, ya identificados desde el siglo XIX en las islas de La Gomera y El Hierro, donde también se asocian con «aras de sacrificios». Se sitúan en puntos con amplio dominio visual sobre el entorno. Atendiendo a su tamaño establece tres tipos o categorías (Navarro Mederos, 1992; Navarro *et alii*, 2001 a). La más simple es un círculo de piedras de unos 2 de m de diámetro. El más complejo se ubica en el Alto del Garajonay que, con sus 1.487 m de altitud sobre el nivel del mar, es el punto más elevado y central de la isla. Allí se refugiaron los gomeros sublevados tras la muerte de Fernán Peraza «el Mozo», señor de La Gomera. La tradición también asocia el lugar con actos relacionados con la brujería. J.F. Navarro localizó en este punto diversas construcciones de los primitivos gomeros, entre ellas una plataforma de piedras sobre la que se puede caminar, con su perímetro delimitado por grandes piedras y varios *pireos* (figura 5). En éstos se queman restos, preferentemente de patas y cabeza, de cabras y ovejas, en su mayoría ejemplares adultos, y ocasionalmente cerdos y peces. También se han recogidos carbonizados granos de cebada y dátiles de la palmera canaria. Utilizan como combustible la madera del pino canario que, curiosamente, escasea en la isla mientras abundan otros árboles que no se emplean en estos fuegos. En estos lugares se practicaría un rito, donde el fuego jugaría un papel destacado en el rito, «no sólo como manera de transformar y hacer llegar la ofrenda, sino que el propio humo debió servir de elemento vaticinador» (Navarro Mederos, 2007-2008: 1266), que sería interpretado por los adivinos, tanto hombres como mujeres, que «tenían como misión actuar de intermediarios entre los miembros de la Sociedad y los Seres Supremos» (Tejera, 1996: 45).

En ocasiones estos *pireos* se sitúan en la cima de roques aislados, como se constata en el Roque Agando (figura 6). Se trata de un singular hito en el paisaje del Parque Nacional del Garajonay, del que J. Abreu Galindo ofrece esta interesante descripción:

En esta isla no hay más que un solo pino, que está en un risco, en un peñón que tiene de altura más de

Figura 5: Área de sacrificio/*pireo* del Garajonay, al fondo el Teide. Reconstrucción de J. F. Navarro Mederos.

Figura 6: El Roque Agando. Fotografía de J. F. Navarro Mederos

doscientas brazas, que está en un llano sin tener otro risco junto a sí, que llaman Agando.

Otra montaña sagrada es la Fortaleza de Chipude, la antigua Argodey de los gomeros prehispánicos. Se trata de una formación natural en forma de montaña amesetada que destaca en el paisaje por su altura sobre las tierras circundantes y lo abrupto de sus paredes que apenas permiten acceder, no sin ciertas dificultades, a la plataforma superior de unos 300 m de diámetro mayor. En este lugar se refugiaron los gomeros en 1424-1425, según nos refiere L. Torriani:

se reunieron todos los isleños, los cuales hallaron a los cristianos alejados del mar y en medio de la batalla; y los obligaron a un sitio alto, que en lengua antigua se dice Argodei, que significa fortaleza, por estar formada por un risco muy alto, la cual tiene entrada por un solo lado.

En la plataforma superior se registran varios tipos de construcciones, algunas de ellas excavadas en el pasado siglo, que sugieren que este lugar debió tener entre los gomeros prehispánicos diversas funciones. Pudo utilizarse como asentamiento estival de pastores y como fortaleza en caso de peligro. La existencia de varios *pireos* (Navarro *et alii*, 2001 b) parece indicar que también se trata de una «montaña sagrada».

EL HIERRO Y BENTAYCA

Adoraban los naturales de esta isla del Hierro dos dioses, que lo fingían macho y hembra. Al macho llamaban Eraoranzán y a la hembra

Moneiba... Y a estos sus ídolos o dioses no los tenían hechos de alguna materia, sino solamente eran intelectuales, fingiendo que su habitación y lugar para hacerles bien eran dos peñascos cumplidos a manera de mojones, que están en un término que llaman Bentayca, que hoy llaman los Santillos de los Antiguos; y que, después de oídos y cumplido el ruego, se subían al cielo».

J. Abreu Galindo (1602)

Los bimbaches, como son conocidos los habitantes prehispanicos de la isla de El Hierro, ubican el lugar algunas de sus prácticas religiosas en dos roques, de los que incluso dan su nombre, aunque por el momento no se conoce su ubicación. La tradición asocia estos *Santillos* con otra montaña, el Pico de Betenjís, en las proximidades del Garoé, el árbol que condesaba el agua de la niebla y abastecía a los herreños en momentos de sequía (Hernández Pérez, 2014). J. Álvarez Delgado (1947) propuso que estos *Santillos* se encontraban en la cercanía del pueblo del Pinar, entre las montañas de Tebárgena y El Jurado.

Según M.^a C. Jiménez Gómez la tradición oral herreña atribuye carácter sagrado a dos parajes. En uno de ellos, que coincide con el punto más elevado de la isla –Malpaso–, «se elevaba un roque hoy destruido sin motivo justificado que mostraba en su estructura caracteres antropomorfos» (Jiménez, 1991: 162). En sus prospecciones no localizó restos arqueológicos en este lugar. El otro es El Julan, sin duda uno de los conjuntos arqueológicos de mayor interés de todo el Archipiélago Canario. En un lugar inhóspito, con tierras prácticamente estériles y escasez de agua. Sin embargo, abundan los lugares de hábitat en cuevas naturales y cabañas de frágiles paredes, enterramientos humanos en cuevas y varias construcciones singulares relacionadas con actividades pastoriles. Dos grandes concheros, con restos fauna marina y terrestre que reflejan la existencia de comidas colectivas. Más de una decena de *pireos* o aras de sacrificio y dos conjuntos de grabados –Los Letreros y Los Números– distribuidos a lo largo de los bordes de coladas lávicas (Hernández Pérez, 2002), señalan que El Julan es uno de «lugares sagrados» de los bimbaches.

GRAN CANARIA Y EL ROQUE BENTAYGA

También eran devotos a Dios y le hacía sacrificios a menudo; por lo cual cada rey tenían un sacerdote, llamado faicanh. Este se llevaba consiio a toda la gente, encima del risco más alto en que se podía subir; y allí, después de haber hecho él la oración y llevado a Dios las almas devotas, derramaba en la tierra leche en abundancia, a manera de primicias debidas; después de lo cual, licenciada la gente, volvían a sus casas en procesión.

L. Torriani (1588)

Figura 7: Bentayga y, al fondo, Roque Nublo. Fotografía de J. Cuenca Sanabria.

La información sobre las creencias de los antiguos canarios contenidas en las fuentes escritas son las más precisas y abundantes de las referidas a los habitantes prehispánicos de las siete Islas Canarias. Varias de ellas hacen referencia a riscos y montañas sagradas que se concentran en la Caldera de Tejeda, en el centro de la isla. Se trata de un conjunto excepcional de monumentos naturales –Sierra del Bentayga, Mesa de Acusa, Risco Chapín y Risco Caído– que en la actualidad se han incluido en una selecta lista de candidatos a ser considerados Patrimonio Mundial de la UNESCO. También, presentan un gran interés arqueoastronómico por lo que se han incorporado a su portal de *The Heritage of Astronomy* (<http://www.astronomicalheritage.net>)

En uno de sus bordes de esta Caldera se encuentra el Roque Nublo, un monolito natural de 80 m de altura sobre el entorno y a 1.813 m sobre el nivel del mar, mientras la altitud máxima de la isla alcanza los 1.949 m en el Pico de las Nieves. La tradición, no confirmada por la arqueología y las Crónicas de la conquista, relaciona este roque con los antiguos canarios y, todavía hoy, se considera el símbolo de Gran Canaria.

En el centro de la Caldera de Tejeda se levanta, imponente, el Roque Bentayga (figura 7), en el que se concentra un singular conjunto de restos aborígenes, entre se encuentran, además de cuevas de habitación y sepulcrales, graneros, cuevas con arte rupestre e inscripciones alfabéticas, una singular construcción excavada en la roca, con canalillos y cazoletas, que se asocia con los templos y actividades religiosas y de agregación social referidos en las crónicas. Es el *Almogaren del Bentaiga* (figura 8). Se encuentra alienado con el Roque Nublo, lo que sugiere su uso astronómico como marcador de los equinoccios, según

Figura 8: Almogarén del Bentayga. Fotografía de J. Cuenca Sanabria.

reflejan los estudios realizados por J.A. Belmonte. En la base de este roque, de no cómodo acceso, se construyó una muralla de piedra seca que podría corresponder al muro que delimita el espacio sagrado, aunque la tradición lo relaciona el lugar como una de las fortalezas insulares, utilizadas en los momentos de la Conquista de la isla, como sugiere este texto de A. Cedeño (1978: 362):

Venida la noche los Canarios.. fueron hacia otra fortaleza que llamaban Bentayga... Esta fortaleza es toda risco i en lo alto están unas cuebas onde ai capacidad de tener mucha jente i se sube a ella por unos peligrosos pasos. Tiene al pie una fuente abundante de agua, correinte, que no podía estorbar (Cedeño, 1682: 362)

En las paredes prácticamente verticales de varios cientos de metros en el borde norte de esta Caldera de Tejada se localiza el llamado Santuario del Risco Chapín compuesto por varias cuevas excavadas en la roca con sus paredes cubiertas de grabados rupestres en forma de triángulo invertido que se identifican con la representación de una vulva y se relacionan con rituales de fertilidad (Cuenca, 1996). La Cueva de los Candiles es el paradigma de este tipo de cuevas sagradas, desde cuya boca se domina visualmente toda la Caldera con el Bentaya y el Roque Nublo como hitos en el paisaje, mientras en el horizonte se divisa el Teide (figura 6).

Un extraordinario descubrimiento y hasta único en el mundo aporta una excepcional información sobre los santuarios de montaña de Gran Canaria. Se trata del llamado Risco Caído, un conjunto de 21 cuevas artificiales, labradas en la toba volcánica. Una de ellas tiene planta de tendencia circular y una cúpula parabólica que alcanza los 4 m de altura. Por una abertura tallada en ésta los

Figura 9: Risco Caído. Fotografía de J. Cuenca Sanabria.

rayos del sol penetran en el interior de la cueva durante dos horas diarias entre los meses de marzo a septiembre (figura 9), adoptando una forma alargada que recuerda primero a un pene y luego a una figura femenina, recorriendo una pared con grabados de triángulos púbicos, penetrando en su interior como si los fecundara (<http://www.riscocaido.com>). En el suelo de la cueva cazoletas y canalillos reflejan, asimismo, actividades rituales.

En algunas montañas del centro Gran también se atestigua la existencia de *pireos*, como los de La Gomera y El Hierro, y unos amontonamientos circulares de piedras identificadas como torretas, muchas de las cuales superan el 1,50 m de altura y presentan, según indica J. Cuenca, una orientación astronómica o se alinean con el Teide. También se relacionan con actividades simbólicas las plataformas artificiales con cazoletas y canalillos excavadas en la cima de algunas montañas, que se identifican con los *almogarenas*, en los que según los textos se hacían ofrendas de leche y otros productos

FUERTEVENTURA Y LA MONTAÑA DE TINDAYA

*Adoraban a un Dios, levantando las manos al cielo. Hacíanle sacrificios
en las montañas, derramando leche de cabras con vasos que llaman
gánigos, hechos de barro.*

J. Abreu Galindo (1602)

Son escasas las referencias sobre los lugares y prácticas religiosas de los habitantes prehispánicos de las islas de Fuerteventura –los majoreros– y Lanzarote –los majos–, conquistadas a principios del siglo XIV de nuestra Era por los normandos.

Figura 10: Montaña Tindaya. Fotografía de M. S. Hernández Pérez.

Las erupciones volcánicas de Timanfaya cubrieron entre 1730 y 1736 las tres cuartas partes de la isla de Lanzarote, sobre la que no existe documentación escrita ni evidencias arqueológicas sobre la presencia de montañas sagradas (Cabrera, 1992: 102), presentes en la vecina Fuerteventura, con la que en época prehipánica presenta notables similitudes. En cambio, son abundantes los grabados rupestres, entre los que se identifican pies humanos, de incuestionable significación simbólica.

En Fuerteventura abundan las montañas con abundantes restos arqueológicos en sus partes más elevadas que reflejan su utilización como *templos*, donde como se indica en las crónicas vertían leche.. Entre ellas se encuentra la Montaña de la Mina, con varias cuevas que la tradición identifica como la Iglesia de los Majos, La Atalaya, la Montaña Cardones o La Fortaleza.

Sin embargo, es la Montaña de Tindaya el referente arqueológico más conocido de Fuerteventura. Su protagonismo se ha incrementado al ser objeto de un proyecto que tiene un fuerte rechazo ciudadano, en el que se plantea el vaciado de la montaña para convertirla en una «obra de arte». Al margen de esta propuesta, el valor simbólico e histórico de la montaña es incuestionable y se incrementa a nivel paisajístico con una forma triangular sobre unas tierras llanas con numerosos vestigios arqueológicos, entre ellos pequeños ídolos de tosca apariencia humana (figura 10). La presencia de 213 representaciones del pie humano –podomorfos–, con o sin la indicación de los dedos, grabados mediante picado o en bajo relieve, constituye un valioso testimonio de las creencias de la población mayorera, en una montaña y entorno que la tradición asocia a prácticas relacionadas con la brujería (figura 11). En su momento estas huellas de pies se asociaron a similares representaciones en el Norte de África y Sáhara,

Figura 11: Grabados rupestres de pies humanos. Fotografía de M. S. Hernández Pérez.

donde responden a ritos de tipo mágico en un sentido de toma de posesión, de purificación de los lugares de paso o para liberarse de seres sobrenaturales (Hernández y Martín, 1980). También se ha identificado como un lugar donde se administraba justicia, con la plasmación sagrada de alianzas o pactos entre grupos y con un culto a los antepasados «que, como espíritus invisibles, serían representados mediante la impronta que dejan a su paso la silueta de pies» (Cabrera, 1993: 100). Como también ocurre con otras muchas montañas sagradas de los antiguos habitantes de Canarias, la Montaña de Tindaya y sus grabados tienen clara connotaciones astronómicas que la convierten en una gran santuario potenciador de la lluvia (Perera *et alii*, 1996).

Entre los habitantes de Canarias, tanto los de época prehispánica como los actuales, el agua es, como ocurre en otras

muchas sociedades, una de las preocupaciones mas acuciantes. Antes, como ahora, era necesario asegurar su presencia, solicitando la lluvia mediante rogativas. Las de ahora son conocidas y a menudo nos acercamos a ermitas e iglesias,

Figura 12: Bentayga. Fotografía de J. Cuenca Sanabria.

muchas de ellas situadas en la cima de las montañas, para solicitar a vírgenes y santos que conceda la lluvia. En las sociedades prehistóricas canarias, cuya subsistencia estaba condicionada por la existencia de pastos para su cabaña ganadera y el desarrollo de una agricultura de secano, se recurría a seres sobrenaturales, que en cada isla tenían nombre y aspecto diferentes. En las montañas y roques singulares tenían sus templos y realizaban sus ritos, en los que el sol, la luna y las estrellas, como reguladores de la Naturales adquirirían un extraordinario protagonismo. El Roque Bentayga, en el centro de Gran Canaria (figura 12), es un extraordinario ejemplo, como lo es el Teide y otras montañas y roques, de esos espacios considerados sagrados y lugares de cohesión social, de las creencias de unas poblaciones prehistóricas perdidas en unas islas de Atlántico. Otras poblaciones prehistóricas, con culturas diferentes y alejadas en el tiempo y el espacio de las Canarias, compartirían las mismas preocupaciones e intentarían resolverlas de la misma manera. Es posible que muchos de los grabados del Altiplano Yecla-Jumilla, que Alfredo bien conoce, tengan un mismo significado.

BIBLIOGRAFÍA

- ABREU GALINDO, J. de (1602): *Historia de la Conquista de las Siete Islas Canarias*. (edición de Alejandro Cioranescu, 1977), Goya ediciones, Santa Cruz de Tenerife, 367 p.
- ÁLVAREZ DELGADO, J. (1947): «Excavaciones arqueológicas en Tenerife (Canarias). Plan Nacional 1944-1945». *Informes y Memorias*, 11: 31-36. Madrid.
- ARNAY DE LA ROSA, M., GONZÁLEZ REIMERS, E. MARTÍNEZ, A. y GONZÁLEZ, C. (1985): «Análisis del contenido de un vaso cerámico aborigen de Tenerife». *Anuario de Estudios Atlánticos*, 30: 613-624. Madrid-Las Palmas.
- BELMONTE, J.A. (1997): «Dos milenios de tradición astronómica en el Roque de los Muchachos». *Noticias del IAC*, 3-4: 10-13. La Laguna.
- BAUCELLS MESA, S. (2004): *Crónicas, historias, relaciones y otros relatos. Las fuentes narrativas del proceso de interacción cultural entre los aborígenes canarios y los europeos (siglo XIV al XVII)*. Las Palmas.
- ESPINOSA, A. de (1996): *Historia de Nuestra Señora de Candelaria*. Santa Cruz de Tenerife.
- CABRERA PÉREZ, J.C. (1992): *Lanzarote y los majos*. Santa Cruz de Tenerife
- CABRERA PÉREZ, J.C. (1993): *Fuerteventura y los majeros*. Santa Cruz de Tenerife.
- CASTILLO, F.J. (1992-1993): «El texto de Sir Edmund Scory sobre Tenerife». *Tabona*, VIII.1: 93-115. La Laguna.
- CEDEÑO, A. (1978): *Breve resumen y historia muy verdadera de la conquista de Canaria scripta por Antonio Cedeño natural de Toledo, uno de los conquistadores que vinieron con el general Juan Rexon*. En F. MORALES PADRÓN, *Canarias. Crónicas de su Conquista*, 343-381. Las Palmas.
- CUENCA SANABRIA, J. (1996): «Las manifestaciones rupestres de Gran Canaria». En *Las manifestaciones rupestres de las Islas Canarias*: 133-222. Santa Cruz de Tenerife.

- CUENCA SANABRIA, J., GARCÍA, M., GONZÁLEZ, GARCÍA, M., MONTELONGO, J. y RAMOS, P. (2008): «El culto a las cuevas entre los aborígenes canarios: el almogaren del Risco Caído (Gran Canaria)». *Almogaren*, XXXIX: 153-190. Viena.
- HERNÁNDEZ PÉREZ, M.S. (2002): *El Julan (La Frontera, El Hierro, Islas Canarias)*. Santa Cruz de Tenerife.
- HERNÁNDEZ PÉREZ, M.S. (2014): «Garóé. Uso y gestión del agua en las Canarias Prehispánicas». *Libro Jubilar en Homenaje al profesor Antonio Gil Olcina*: 765-781. Alicante.
- HERNÁNDEZ PÉREZ, M.S. y MARTÍN SOCAS (1980): «Nueva aportación a la prehistoria de Fuerteventura: los grabados rupestre de la Montaña de Tindaya». *Revista de Historia Canaria*, XXXVII: 13-41. La Laguna.
- JIMÉNEZ GÓMEZ, M.C. (1991). «Magia y ritual en la Prehistoria de El Hierro». *Tabona*, VII: 159-178. La Laguna.
- MARCY, G. (1992): «Nota sobre algunos topónimos y nombres antiguos de tribus bereberes en las Islas Canarias. Traducción y comentarios por Juan Álvarez Delgado». *Anuario de Estudios Atlánticos*, 8: 239-289. Madrid-Las Palma.
- MARTÍN GONZÁLEZ, M.Á. (2006): *La prehistoria de La Palma (Islas Canarias)*. ABORA. Santa Cruz de La Palma.
- NAVARRO MEDEROS, J.F. (1992): *Los gomeros. Una prehistoria insular*. Santa Cruz de Tenerife.
- NAVARRO MEDEROS, J.F. (2007-2008): «Santuarios y espacios sacralizados entre los antiguos canarios». *Veleia*, 24-25: 1257-1272. Vitoria.
- NAVARRO MEDEROS, J.F., HERNÁNDEZ, C.M., ALBERTO, V., BORGES, E., BARRO, J.C. y HERNÁNDEZ, J.C. (2001 a): «El diezmo a Orahán: pireos o aras de sacrificio en la prehistoria de La Gomera (Islas Canarias)». *Tabona*, 10: 91-126. La Laguna.
- NAVARRO MEDEROS, J.F., HERNÁNDEZ, C.M., ALBERTO, V., BORGES, E., BARRO, J.C. y HERNÁNDEZ, J.C. (2001 b): «La Fortaleza de Chipude y los Concheros de Arguamul al cabo de tres décadas. Viejos problemas, nuevas interpretaciones». *Spal*, 10: 327-342. Sevilla.
- PAIS PAIS, J. y TEJERA GASPAS, A. (2010): *La religión de los benahoaritas*. Santa Cruz de La Palma.
- PERERA, M.A., BELMONTE, J.A., ESTEBAN, C. y TEJERA, A. (1996): «Tindaya: un estudio arqueoastronómico de la sociedad prehispánica de Tenerife». *Tabona*, OJO: 165-196. La Laguna.
- TEJERA GASPAS, A. (1988): *La religión de los guanches. Ritos, Mitos y Leyendas*. S/C. de Tenerife.
- TEJERA GASPAS, A. (1996): *La religión de los gomeros. Ritos, mitos y leyendas*. La Laguna.
- TEJERA, A. y MONTESDEOCA, M. (2004): *Religión y mito de los antiguos canarios. (Las fuentes etnohistóricas)*. S/C. de Tenerife.
- TORRIANI, L. (1588): *Descripción e historia del Reino de las Islas Canarias: antes Afortunadas, con el parecer de sus fortificaciones*. (edición de Alejandro Cioranescu, 1978), Goya ediciones, Santa Cruz de Tenerife, 298 p.